4972

BIBLIOTECA
LÍRICO-DRAMÁTICA

GATO ENCERRADO

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

D. EDUARDO JACKSON CORTES

música del maestro

D. MANUEL NIETO

Escrito expresamente para la simpática tiple cómica señorita doña Lucía Pastor, y estrenado con extraordinario éxito en el Teatro ESLAVA, la noche del 25 de Abril de 1884

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha, 111, segundo
1884

13

GATO ENCERRADO.

GATO ENCERRADO

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

D. EDUARDO JACKSON CORTES

música del maestro

D. MANUEL NIETO

Escrito expresamente para la simpática tiple cómica señorita doña Lucía Pastor, y estrenado con extraordinario éxito en el Teatro ESLAVA, la noche del 25 de Abril de 1884

MADRID: 1884
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1

PERSONAJES	ACTORES
SARA.....	SRTA. D.ª LUCÍA PASTOR.
PÍA.....	SRA. » ENCARNACION PASTOR.
INOCENCIO.....	SR. D. JULIO RUIZ.
SERGIO.....	» » EMILIO MESEJO.

Por derecha é izquierda, se entenderá la del actor.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie, sin su permiso, podrá ponerla en escena.

Los representantes de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA *de D. Enrique Arregui, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion, del cobro de los derechos de propiedad y de la venta de ejemplares.*

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada. Velador, butacas, sillas volantes, etc. Cuatro puertas laterales. Dos al foro. De las dos puertas del foro, la izquierda balcon. La derecha, la salida á la calle. La segunda puerta izquierda, es un ropero.

ESCENA PRIMERA.

PIA, que sale por el foro derecha.

Esto es horrible! Esto es inícuo! Esto es insoportable. (Dejando la sombrilla sobre el velador.) La portera me ha dicho que aquí entra una mujer, aprovechando mis ausencias... Hoy está Inocencio muy alterado!... Hoy pasa algo. Hoy la espera sin duda! Hoy los cojo en el garlito. (Vase primera puerta izquierda.)

ESCENA II.

INOCENCIO, que sale por el foro derecha, y deja el baston sobre el velador.

MUSICA.

Ha llegado Sara!...
Queria subir!...

Ay! Si doña Pía
la sorprende aquí!
Yo tengo una esposa
que es un puerco espin!

Yo tirito!
Yo estoy frito!
Tengo al par
frio y calor!
No hay tu tía!
Doña Pía
hoy me rompe
el esternon.
Sí, señor Sí, señor.
Hoy me rompe el esternon.

Cuando doña Pía
se la encuentre aquí,
ay, vírgen de Atocha,
qué va á ser de mí!
Porque, lo repito,
es un puerco espin!

Yo vacilo!
Sudo el quilo!
Yo tirito
de pavor!
Si nos pilla
mi costilla,
hoy me dan
la Extremauncion!

Sí, señor! Sí, señor!
Hoy me dan la Extremauncion.

HABLADO.

Que un militar como yo, que ha hecho toda la guerra de Africa, tiemble como un quinto delante de una vieja! Durante la guerra, mi mujer, es decir, mi primera mujer, se vino á vivir á Ceu-

ta; allí nació mi hija, y así ha salido ella; á lo mejor se viene de Toledo, donde vive en casa de mi hermana, sólo por el gusto de abrazarme!... Y despues de todo, la chica tiene razon! Les parece á ustedes justo que teniendo una hija legítima me vea obligado á vivir separado de ella? Se lo oculté á doña Pía, cuando me casé, porque decia que odiaba á los chicos, y todo lo que fuera familia, y sólo de ese modo pude atrapar sus doce mil reales de renta. Si doña Pía lo supiera, me sacaba los ojos... Pero calle, que aquí viene. Va á salir! Dios proteje la inocencia! (Con alegría.)

ESCENA III.

INOCENCIO.—PIA.

PIA. (Disimulemos.)

INOC. (Finjamos.) Adios, queridísima esposa! Vas á salir?

PIA. Sí; doña Telesfora me ha mandado un aviso, diciéndome que me espera á almorzar.

INOC. Pues, anda ves, hijita, almuerza bien y distráete. Por supuesto que no tardarás mucho, eh?

PIA. No lo sé. Su marido está en Alcalá, y es probable que me quede haciéndola compañía hasta la noche.

INOC. Qué lástima! Hoy precisamente que pensaba llevarte á paseo.

PIA. Puedes pasear solo.

INOC. No, sin tí, ya sabes que no me gusta ir á ninguna parte.

PIA. Ya lo sé. (Habrá pillo!)

INOC. De verás que me ha contrariado mucho este convite inesperado.

PIA. Pues nada; si tú no quieres, no iré.

INOC. No, no: de ninguna manera. Qué dirá doña Telesfora... Anda, vete; vete, y diviertete mucho. Llevas dinero?

PIA. Todo el que hay en casa.

INOC. Sí; llévatelo todo. Yo no necesito nada.

PIA. La portera te subirá una docena de huevos. Para almorzar, te fries un par.

INOC. Bueno, bueno.

PIA. Y si no vengo á comer...

INOC. Me frio otro par. A mí me gustan mucho los huevos fritos. Ya lo sabes.

PIA. Sí; ya lo sé.

INOC. Ves? Si no hubieras despedido á la chica, ahora...

PIA. Qué?

INOC. Que ahora podia yo acompañarte...

PIA. Eso es; ó quedarte tú más acompañado. Vaya; adios, y que no me dejes la casa sola.

INOC. Descuida. Vas bien abrigada? Mira que los aires del barrio de Salamanca son muy finos. Ponte la corbata más apretada; así. (Se la pone.) A ver, vuélvete. Qué bien te cae este vestido. Espera, espera. Baja!

PIA. Qué era?

INOC. Un fraile. (Sacudiéndole la falda.)

PIA. (Pillo!) Qué cariñoso estás hoy.

INOC. Es que hoy estás más hermosa que nunca, si es posible.

PIA. De verás! (Inocencio saca el reloj.)

INOC. Jesús! Las once!... Anda, anda y no te hagas esperar...

PIA. (No me cabe duda!) Vaya; pues adios.

INOC. Adios. Ah! No tomes el tranvía, que te puedes caer. Toma un coche en la puerta.

PIA. Así lo haré. Adios.

INOC. Adios.

PIA. Ay! qué cabeza la mia! Si no te quedas solo.

INOC. No?

PIA. No. Mira la carta que vino ayer para tí de Toledo.

INOC. De Toledo!

PIA. Sí; de tu sobrino Sergio, el cadete. Dice que viene á hacerte una visita, y á conocerme.

INOC. Si te conoce.

PIA. Sí?

INOC. Si es el mismo que te tuvo en sus brazos hace

dos años, la noche que te desmayastes en el Retiro...

PIA. Ya; pero como estaba desmayada, no le ví. (Un cadete! Ay, qué triste recuerdo!) Vaya; adios.

INOC. Adios. Arrópate bien. Quieres que te dé la mano para bajar?

PIA. Si son doce escalones!

INOC. Bueno, bueno; como quieras. Adios, hija mia, adios. Asómate á la ventanilla del coche, que yo estaré en el balcon para hacerte así con el pañuelo. (Se abrazan.)

PIA. (Caiman!)

INOC. (Cocodrilo!) (Vase Pía foro derecha.)

ESCENA IV.

INOCENCIO.—SARA.

INOC. Se habrá ido de veras, ó volverá? No: ya está en la puerta... (Al balcon.) Habla con la portera... Llama á un simon... Ya entra en él... Ya parte. (Saluda con el pañuelo.) Me tira un beso! Adios, monísima!... Ay! ya respiro!... Ahora, á buscar á mi hija: á ver si puedo impedir que venga aquí... De paso, hablaré con el portero. El está de acuerdo conmigo, y merced á unas cuantas propinejas me pone al corriente de cuanto hace mi mujer... Vamos allá! (Sale Sara por el foro.)

SARA. Aquí estoy yo!

INOC. Sara!

SARA. La misma.

INOC. Pero cómo te has atrevido á subir sin saber si estaba yo solo?

SARA. Pregunté en la portería, y la portera me enteró de todo.

INOC. Hija de mi alma! Me parece mentira que te tengo á mi lado.

SARA. Y no es lo mejor eso; sino que me va usted á tener por mucho tiempo.

INOC. Cómo?

SARA. Como que ya no me voy.

INOC. Qué dices?

SARA. Lo que oye. O soy su hija, ó no lo soy? O es usted mi padre, ó no lo es usted?

INOC. Qué duda cabe?

SARA. Pues entonces, no es una cosa ridícula y antinatural, que yo viva en Toledo, y en casa de una tia, teniendo la de mi padre?

INOC. Tienes mucha razon; pero como tu padre no vive solo... Ya sabes el carácter de mi mujer. Ya sabes que le hemos ocultado tu existencia.

SARA. Sí, ya lo sé: pero eso se hizo hace cuatro años, cuando yo era una chiquilla: hoy soy una mujer, y no puedo tolerar semejante absurdo. Nada, nada; déjeme usted á mí, y usted verá cómo yo lo arreglo.

INOC. Buen arreglo te dé Dios!

SARA. Si usted es pusilánime, yo no. Mi corazon es varonil: mi imaginacion, volcánica: mi voluntad, de hierro! Déjeme usted á mí. Yo sabré ganarme la simpatía y la voluntad de doña Pía.

INOC. Lo dudo. Tiene un génio infernal, y además es muy nerviosa. Por cualquier cosa se exalta, y por cualquier cosa se desmaya.

SARA. Mejor. Eso prueba su esquisita sensibilidad. Mire usted. (Enseñándole lo que trae en la maleta.)

INOC. Y para qué es eso?

SARA. No tiene usted un sobrino en Toledo que ella no conoce?

INOC. Ah! ya caigo! Y apropósito; ese sobrino...

SARA. Ese sobrino, con el tiempo y con el permiso de usted, será mi esposo.

INOC. Ya me lo habia yo maliciado. Pero sabrás fingir?...

SARA. Ya lo creo.. Me sé de memoria toda la táctica militar.

INOC. Es verdad! Como que eres hija de un bizarro capitan del ejército.

SARA. No ha recibido usted una carta firmada por mi primo?

INOC. Aquí la tengo.

SARA. Yo la escribí.

INOC. Qué te propones?

SARA. Conquistar el corazon de doña Pía, y luego... Conque esté usted tranquilo, que yo no necesito más que estar un dia á su lado. Ea! vamos á almorzar, que el viaje me ha abierto el apetito.

INOC. Te freiré un par de huevos...

SARA. Quite usted allá! No me venga usted á mí con miseria! Yo quiero perdices, pavo trufado, y que no me falte el Champagne!

INOC. Dices bien; qué demonio! Yo tambien me revelo. Mueran los huevos fritos! Voy á mandar por un almuerzo... *de á dos pesetas*!

SARA. Cómo de á dos pesetas! De á cuatro duros!

INOC. Pero...

SARA. Yo respondo.

INOC. Pero.

SARA. Vamos. (Impaciente.)

INOC. Voy, voy. De paso veré lo que me dice el portero. (Vase foro.)

ESCENA V.

SARA, y á poco INOCENCIO.

SARA. Animo! ya hemos asaltado las trincheras enemigas, y hay que defenderse con valor y arrojo. En las costas de Africa se meció mi cuna: los ecos de la guzla y la chirimía, arrullaron mi sueño, y su bélico sonido aun resuena en el fondo de mi alma.

MÚSICA.

(Se oye la imitacion de los instrumentos árabes y empieza el canto.)

Las gigantes y esbeltas palmeras
me vieron nacer.
Sus tostadas y ardientes arenas
besaron mi pié.

Nacer en Africa
fué mi fortuna.
Su sol volcánico
bañó mi cuna.

La guzla mora,
que amores llora:
la chirimía,
dulce alegría
de la salvaje
danza oriental,
en triste calma
le hablan al alma
de algo sublime
que amor imprime,
lenguaje santo,
voz celestial.

Por sus anchas doradas llanuras
de niña corrí,
como corre la alegre gacela
dichosa y feliz.

La altiva, indómita
raza moruna,
prestóme el ánimo
desde la cuna.

Dan sus arenas
fuego á mis venas.
Del leon herido,
triste el rujido
le dió á mi alma
notas de amor.
Amor ferviente,
que sólo siente
la que se inflama
bajo la llama
del africano
ardiente sol.

HABLADO.

Mucho tarda mi padre. Dónde mil demonios habrá ido por el almuerzo? (Sale Inocencio.)

INOC. Ay, Dios mio de mi alma!

SARA. Viene ya el pavo?

INOC. No es mal pavo el que viene.

SARA. Qué?

INOC. Estoy muerto!

SARA. Cómo!

INOC. Mi mujer! No se ha marchado!... Le ha dicho al portero que yo tengo aquí gato encerrado, y ha fingido lo del almuerzo para sorprenderme! De modo que, cuando ménos lo pensemos, paf! cae aquí como una bomba!

SARA. Llegó el momento! Mi maleta. Ahora verá usted quién soy yo! Adios, querido tio! (Coge la maleta y se vá por la primera puerta derecha.)

INOC. Cómo querido tio! Ah, ya caigo! Adios, sobrino.

ESCENA VII.

INOCENCIO, y á poco SERGIO.

Dios nos coja confesados! Hoy me saca los ojos! El portero me es leal: me ofreció avisarme su llegada con un repique. (Sale Sergio.)

SERG. Tio de mi alma! (Va á abrazarlo y el tio le rechaza.)

INOC. Sobrino del demonio!

SERG. Tio!...

INOC. Qué vienes á hacer aquí?

SERG. A darle á usted un abrazo, y á decirle...

INOC. No necesito saber nada.

SERG. Pero...

INOC. Vete.

SERG. Vaya un recibimiento! Es que yo amo...

INOC. Ya lo sé. Vete!

SERG. Yo no me voy sin que me diga usted que sí.

INOC. Pues bien: sí; pero vete.

SERG. Como ha venido Sara, y yo no puedo pasar un dia sin verla... (Repiqua dentro.)

INOC. Mi mujer! Que no te vea.

SERG. Por qué, si soy su sobrino?

INOC. Tú, ahora no eres mi sobrino.

SERG. Pues quién soy yo?

INOC. El demonio. Ya sube! Ya no puedes salir. Métete ahí; y si mi mujer entra, escóndete aunque sea debajo de la cama.

SERG. Por qué?

INOC. Porque si no, no te casas con mi hija.

SERG. Ah! Sí, sí: su amor sobre todo.

INOC. Sobre todo, quítate de enmedio. (Le empuja y se va por la segunda puerta derecha.)

ESCENA VIII.

INOCENCIO.—PÍA.

A buena hora ha llegado este cernícalo! Y yo, qué hago? Voy á fingir que he estado durmiendo desde que se fué. (Se sienta y ronca. Sale Pia.)

PIA. Qué silencio! (Entrando con sigilo.) Si habrá pasado algo? No he visto á la portera. La puerta abierta! Está dormido!... Inocencio?

INOC. Hum! Hum! (Como sollozando.)

PIA. Inocencio?

INOC. Vaya usted en hora mala! Yo no quiero más que á mi mujer, á mi Pía. Yo no salgo de casa! Yo no como más que huevos fritos. Pía... Pía... Pía... Pía...

PIA. Pero, qué dice! Inocencio. (Moviéndole.)

INOC. Eh! Quién! Calle! Eres tú! Tú aquí? Qué alegría! Qué tal te ha sentado el almuerzo?

PIA. Pero, hombre, si hace un momento que he salido.

INOC. Ay! Es verdad. A mí se me figuraba que habias estado fuera un dia entero! Cuando te marchaste fué tan grande mi pena, que me quedé dormido.

PIA. Y estabas soñando.

INOC. Justo: estaba soñando contigo y decía: Pía! Pía! Pía! Pero, cómo te has vuelto tan pronto?

PIA. Porque doña Telesfora se ha marchado á Alcalá. Ha tenido aviso de que su marido se ha puesto malo.

INOC. Qué lástima! Hoy que podias haber sacado la barriga de mal año!...

PIA. Lo sientes, verdad?

INOC. Mucho.

PIA. Dime; y cómo es que está la puerta abierta?

INOC. La... puerta? Pues yo no sé. La dejarias tú así. Yo no me he movido de esa silla.

PIA. No ha venido nadie?

INOC. Nadie. (Titubeando.—Sale Sara vestida de cadete por la primera puerta derecha.)

ESCENA IX.

INOCENCIO.—PIA.—SARA.

SARA. Presente. (Saludando militarmente.)

PIA. Un cadete! (Ay, cómo me palpita el corazon!) Quién es usted?

SARA. Sergio Mendoza, su sobrino y servidor.

SERG. (Demonio! Ya no me puedo yo presentar.) (Asomándose á la puerta segunda derecha.)

INOC. (Me salvó.) Ya sabes que habia escrito que venia...

PIA. Sí, sí. (Qué figura mas airosa! Ay! Siempre que veo á un cadete me rejuvenezco y me...) No decias que no habia venido nadie?

INOC. Justo; porque un sobrino para mí no es nadie.

SERG. (Muchas gracias.)

SARA. Queridísima tia, he querido que hoy concluyan las rencillas de familia. Permita usted que la estreche entre mis brazos.

PIA. Con mucho gusto. (Qué guapo es!)

SARA. Tio...

INOC. Por mi parte, aprieta, hijo, aprieta.

PIA. Y dime: estás contento con tu carrera?

SARA. Contentísimo. Este traje es el único digno de mí.

INOC. (Es verdad.)

SERG. (Por eso se ha traido el mio y no queria que viniera.)

SARA. La espada es mi mejor apoyo. Las voces de mando mi único lenguaje El sonido del clarin la mejor armonía para mis oidos...

PIA. Pero no tendrás miedo al verte en un combate?

SARA. Al contrario. Lo estoy deseando! Dónde hay nada más hermoso. Aquel estruendo!... Aquella confusion!... Pim! Pam! Pum!

INOC. Ya se me figura que estoy en el Pim! Pam! Pum!

SARA. Usted no ha visto ninguna batalla?

PIA. Yo qué he de ver!

INOC. Ella no ha batallado más que conmigo.

SARA. Pues se la voy á usted á pintar.

MUSICA.

Ta, ta, ta!
Amores! Placeres!
Morir ó triunfar!
Estoy orgulloso
de ser militar!
Ta, ta, tí! Ta, ta, ta!

Con el albor primero
de la mañana,
alegres los clarines
tocan diana.
Cantando amores,
dejan tambien el nido
los ruiseñores.

Se espera una batalla,
soldados, á formar!
Que aguarda el enemigo.

De frente! Mar!
Ta, ta, ta! Ta, ta, ta!

(Al decir, «soldados, á formar», hace formar á á Inocencio y Pía, y al romper la marcha le pega con la espada á Inocencio.)

INOC. Demonio de muchacha!
Me va á perniquebrar!
Y el caso es que me gusta
su estilo militar!

(Siguen tocando la corneta Sara y Pía.)

SARA. Empieza el jaleo:
Rompe el tiroteo,
éste cae herido, (Como hiriendo á Pía.)
muerto cae aquél. (Cayendo á Inocencio.)
Nos carga bravía
la caballería,
y se oye á lo lejos
su marcha romper.

(La orquesta imita el toque de caballería lejana.)

(Sara da el baston á Inocencio y la sombrilla á Pía. Coloca dos sillas en el centro de la escena, con las que Inocencio y Pía forman el cuadro.)

Hay que formar el cuadro
contra su empuje.
Los caballos se acercan,
y el cañon ruje.
Bravo, á fé mia!
No hay arma como el arma
de infantería!

Victoria por nosotros!
Volvamos á marchar!
Que toque esa charanga!
De frente... Mar!
Ta, ta, ta, ta, ta, ta.

Laurel en la guerra,
amor en la paz.
Estoy orgulloso
de ser militar.

TODOS. Ta, ta, tí, ta, ta, ta.

Firmes... Ar!

HABLADO.

PIA. Bravísimo! Ay, me entusiasman los cadetes!

INOC. (Demonio de chica. Bien, que tiene á quién salir.) (Dándose en el pecho.)

SARA. Ay, tia!

PIA. Pero qué te pasa?

SARA. Tio, me permite usted que la diga una cosa?

INOC. Dí lo que quieras, sobrino.

SARA. Es usted muy simpática!

PIA. Sí?

INOC. (Ya sé por dónde vas. Sigue, que ahí le duele.) (Aparte á Sara.)

SARA. (Ya verá usted.) Y muy hermosa!

PIA. Ay!

INOC. Ustedes tendrán que hablar... (Medio mútis.)

SERG. (Me parece que la tia...) (Al paño.)

INOC. Hasta ahora.

PIA. Sí, vete, y arregla en esa habitacion lo necesario para el sobrino.

INOC. Voy.

SARA. Y no se enfade usted. . (A Inocencio.)

INOC. Yo? Por qué?

SARA. Porque me haya permitido llamarla hermosa.

INOC. No, si yo no me enfado. Llámala todo lo que quieras. Precisamente esa palabra se la digo yo todos los dias. No es verdad, Pía? Todos, todos los dias, al levantarme, lo primero que le digo es... (Maldita sea tu estampa.)

PIA. Sí; eso es lo primero que me dice.

SERG. (Pobre tio!) (Oculto.)

SARA. Mucho lo celebro.

INOC. Con permiso.

SARA. Usted lo tiene.

INOC. (En qué parará esto?) (Vase segunda puerta de recha.)

ESCENA X.

SARA.—PIA.—INOCENCIO y SERGIO, al paño.

PIA. Vaya, vaya! Cuatro años sin conocer á un sobrino tan guapo!

SARA. Gracias, tia; usted me confunde.

SERG. (Pero, qué es lo que se propone?)

INOC. (Ahora lo veremos.)

PIA. Qué desgraciada soy, sobrinó mio! Tengo un marido, que es un ciruelo sin hojas. Ni áun sirve para dar sombra! Y además es un infiel.

SARA. Deje usted eso á mi cuidado. Yo averiguaré. Yo la daré á usted sombra... Y todo lo que usted quiera.

PIA. Qué edad tienes?

SARA. Veinte años, querida tia.

PIA. Tu misma edad y tu misma figura tenia el jóven cadete que cautivó mi corazon por primera vez!

INOC. (Eso no lo sabía yo.)

SARA. Sí, eh?

PIA. Ingrato! Me hizo huir del hogar paterno...

INOC. (Pues eso tampoco lo sabia yo.)

PIA. Perdona si este recuerdo me entristece y me....

SARA. Con que huyó usted?....

PIA. Sí; pero reconocí mi error á tiempo, y á las dos horas ya estaba otra vez en casa de mis padres.

SERG. (A las dos horas!...)

INOC. (Ya lo oigo.)

PIA. Así es, que tú me trasportas, me elevas... Me rejuveneces. Pero hablemos de tí. Qué tal vamos de amores, porque un jóven de tus prendas tendrá las conquistas por docenas?

INOC. (Oigamos.)

SARA. (Toquémosle la cuerda sensible.) No me hable

usted de amores, por Dios! porque va á estallar el incendio que aquí arde, y entonces no respondo de mí. Amo, sí, pero amo á un imposible! A un sér ideal... A un fantasma...

INOC. (Si lo dirá por mi mujer?)

SARA. A una aparicion divina, que me sigue por todas partes...

PIA. Esa exaltacion!... Acaso!... No lo puedo creer. Nosotros no nos hemos visto nunca!...

SERG. (Doña Pía pone los ojos tiernos.)

INOC. (Ya lo veo, hombre; ya lo veo...)

SARA. Que no nos hemos visto nunca!... Ingrata!

PIA. Qué?

SARA. Qué yo... Pero el respeto sella mis lábios. Tia! Tia! Qué feliz es mi tio!...

INOC. (No lo sabes tú bien!)

PIA. (Si estará enamorado de mí! Buena ocasion para vengarme de mi marido! Voy á picar su amor propio.) Tu me has visto alguna vez?

SARA. Si la he visto alguna vez! Pregúnteme usted si he dejado alguna vez de verla! Hace dos años!... En el Retiro!... Una noche!...

INOC. (Cómo!)

PIA. En el Retiro!...

SARA. Desmayada, al pié de un alcornoque.

INOC. (Ese alcornoque seria yo, porque ella no se separo de mí!)

SERG. (Lo que pasó conmigo.)

SARA. Pues bien; desde entonces, aquí, aquí, en mi corazon, llevo guardados los latidos del suyo!

INOC. (Aprieta!)

SARA. Aquí, en mi mente, grabada su imágen! Aquí, en mis oidos, encerrado el eco celestial de sus dulcisímos suspiros!...

SERG. (Oye usted, tio: suspiraba!)

INOC. (Ya lo oigo.)

SARA. Aquí, en mis ojos, el rayo vivificador de su ardiente pupila! Aquí, en mis lábios, un beso que comprimo hace dos años, y que al ponerse en contacto con el fluido eléctrico de su perfumado aliento, rompe sus cadenas, y se escapa de mi boca, para posarse en la suya. (La besa.)

SERG. (Y se deja besar, tio!)

INOC. (Ya lo veo, sobrino, ya lo veo!)

PIA. Me has dejado inmóvil! Dios mio! Sobrino, por Dios, modera tus ímpetus! Qué rubor, cielo santo! Luego me amas!

SARA. Sí!

PIA. Siendo mi sobrino!

SARA. Sí!

PIA. Calla, por Dios! Si tu tio te oyera!...

INOC. (Demasiado!)

SARA. Y qué me importa mi tio ni todos los tios del mundo? El amor es libre! La verdadera pasion no reconoce obstáculos. Burlaremos su tiranía. Huiremos lejos de aquí!

SERG. (Y ella lo escucha, tio.)

INOC. (Ya lo creo. Y se relame!)

PÍA. Ay, no más... no más, por Dios; que ya mis nervios están en conmocion!...

INOC. (A que le dá el patatús!)

PIA. (Daria cualquier cosa, porque mi marido nos estuviera oyendo.)

INOC. (Serpiente!)

SERG. (Si fuera un cadete de veras, tio!)

INOC. (Figúrate tú!)

SARA. O tu amor, ó la muerte!

INOC. (La muerte, hombre; la muerte!)

PIA. Démosle tiempo al tiempo... Acaso tu tio se muera pronto...

INOC. (Humm!...)

PIA. Basta, basta, por Dios. A lo que se vé expuesta la mujer que tiene un marido papanatas y adúltero! (Suena dentro un almirez.) Ah! El ruido del almirez! La portera me llama... Voy...

SARA. Se va usted?

PIA. Sí; pero pronto vuelvo.

SARA. Adios, queridísima tia.

PIA. Adios, cariñosísimo sobrino. (Besándole. Vase Pía por el foro.)

ESCENA XI.

SARA.—INOCENCIO.—SERGIO.

INOC. Eso de cariñosísimo, lo dirá por los besos.
SARA. Justo.
INOC. La has besado! Estómago se necesita!
SERG. Puedo ya salir? (Saliendo.)
SARA. Qué miro! Tú aquí.
SERG. Yo, que no puedo dejar de verte ni un minuto.
SARA. Habrá tonto! Pues ahora no te puedes presentar.
SERG. Ya lo veo. Como que tú eres yo.
SARA. Pues ya que has venido, no tienes más remedio que callar y pasar por todo, hasta que yo me descubra.
SERG. Por todo pasaré.
INOC. Mi mujer! mi mujer!
SARA. Que no te vea!
SERG. Dónde me meto! Aquí. (Por la izquierda.)
INOC. No.
SERG. Aquí. (Por la derecha.)
INOC. Tampoco.
SARA. Aquí. (Abriendo el ropero. Sergio entra.)

ESCENA XII.

INOCENCIO.—SARA.—PIA.—SERGIO, oculto.

PIA. Bien sospechaba yo. Pillo! Falso! Marido infiel!
INOC. Yo!
SARA. Qué pasa?
PIA. Que aquí hay gato encerrado.
SERG. (Ya lo creo.)
SARA. (Y gata.)
PIA. Una mujer! Hay una mujer en la casa! Qué te parece, sobrino?
SARA. Eso es escandaloso! Conque hay una mujer!... Tio!... Tio!...

PIA. De esta hecha me separo de tí!

SARA. Muy bien hecho! Y se viene usted conmigo!

PIA. Gracias, sobrino; estoy volada!

SARA. Y con razon! Tener una mujer en la casa!...

PIA. Y él, ni se disculpa siquiera!

SARA. El delito! Eso es, el delito!

PIA. Pero dónde está esa mujer!

SARA. Eso digo yo! Dónde está!

PIA. Voy á buscarla por toda la casa!

SARA. Eso es

PIA. Acompáñame, sobrino; busquemos á esa mujer.

SARA. Sí, señora: busquémosla!

PIA. Valiente mujer será ella!

SARA. Calcule usted!

PIA. Alguna perdida.

SARA. Justo!

PIA. Vamos. (Medio mútis.)

SARA. Vamos! Ah! Ahora que caigo en ello; no se asuste usted, tia, porque es fácil que haya empleado algun disfraz.

PIA. Puede Oh! pero yo la conoceré al momento!

SARA. Serenidad! Usted es tan nerviosa... (Van y vuelven.)

PIA. Como la encuentre!... (A Inocencio.)

SARA. Como la encontremos!...

PIA. Ay de tí!

SARA. Ay de usted.

PIA. Ah! Y te advierto, que he echado la llave á la puerta de la calle.

SARA. Bien hecho. (Medio mútis.)

PIA. Ya te daré yo á tí mujeres!

SARA. Ya le daremos á usted mujeres!

PIA. Vamos!

SARA. Vamos! (Entran por la primera puerta derecha. A cada medio mútis de Pia y Sara, Sergio asoma la cabeza y la vuelve á ocultar al volver ellas.)

ESCENA XIII.

INOCENCIO.—SERGIO, y á poco PIA y SARA.

INOC. Buen belen se ha armado! Yo no he querido hablar por no echarlo á perder.

SERG. Salgo?

INOC. Y para qué, si la puerta está cerrada?

PIA. Ah! Infame! (Dentro.)

INOC. Adentro! Sergio se oculta.)

PIA. Mira, inícuo! Mira! (Enseñándole unas enaguas que trae en la mano.)

INOC. Ave María purísima!

PIA. Negarás ahora? De quién es esto?

SARA. Eso es. De quién es eso?

PIA. Una mujer anda por esta casa. No me cabe duda!

SARA. No cabe duda.

PIA. Y en paños menores!

SARA. No, señora. Yo creo que en paños mayores.

PIA. Yo no puedo más! Yo estoy sofocada! A mí me vá á dar algo. Estoy muy retentada de los nervios! Voy á sacar el eter! Ahí está en el ropero.

INOC. y SARA. } En el ropero!

PIA. Sí; en el cabás que tengo colgado! Ay! no puedo! Sobrino; tráemelo tú.

SARA. Yo... No, yo no me separo de usted. Está usted temblando!

PIA. Inocencio; ves tú.

INOC. Yo!...

PIA. Porqué dudas?

INOC. No... si no dudo...

PIA. Pues anda.

INOC. Voy... voy... Ay! ay!

PIA. Qué es eso?

INOC. Un calambre! Un calambre que no me deja andar!

PIA. (Oh! qué sospecha!) Yo iré!

SARA. Tia, por Dios!...

PIA. Quita. (Abre y ve á Sergio.) Jesús!

SARA. Un hombre!
PIA. No; no es un hombre!... Es...
SARA. Sea lo que sea, morirá á mis manos? (Saca la espada.)
PIA. Sobrino, por Dios!
INOC. (Se armó la gorda!)
SARA. He de beber de su sangre! Lo trincho lo mismo que á un gorrion!
PIA. Ay!
SARA. Déjeme usted!
PIA. Ay! ay! ay! (Desmayándose.)
INOC. Cataplun.
SARA. Se desmayó!
SERG. Tableau! (Al desmayarse Pía, la colocan en un sillon en el centro de la escena. Inocencio se coloca á un lado. Sara á otro. Sergio, detrás.)

MÚSICA.

TODOS. Se desmayó,
aprovechemos
esta ocasion.
SARA. Basta de farsa.
SERG. Sí, vive Dios,
que era muy triste
mi situacion.

INOC. Mucho sigilo;
que á las mujeres,
les da el soponcio
siempre que quieren.
Y si son viejas,
se desmayan, y siguen
oido alerta.

TODOS. Quedo, quedito.
Bajad la voz,
mucho sigilo.
Chiton! Chiton.

SARA. (Separándose del grupo.)
Estas marciales prendas
siento dejarlas.
Valen los pantolones
más que las faldas.
Créanlo ustedes;
me gustan más los hombres
que las mujeres!

TODOS. Quedo, quedito.
Bajad la voz,
que ya suspira.
Chiton! Chiton!
(Sara se va retirando de puntillas, hasta desaparecer por la primera puerta derecha.

ESCENA XIV.

INOCENCIO.—SERGIO. PIA.

HABLADO.

PIA. Ay! (Suspirando.)
INOC. (Ya vuelve en sí.)
PIA. Dónde estoy? Quién eres? Ah! El vil adúltero.
INOC. Me llama adúltero.
PIA. Todavia aquí esta mujer! (Fijándose en Sergio, y levantándose.)
SERG. Señora!...
INOC. (Calla.) (Rápido y al oido de Sergio.)
PIA. Oh, cinismo! Si tuviera usted un resto de pundonor, ya estaria usted en la calle!
SERG. (Eso quisiera yo.)
PIA. Pero no; de aquí saldrá usted para el Modelo, que es donde van á parar las mujeres perdidas!
SERG. Yo!...
PIA. Se conoce que está usted acostumbrada á estos percances! Se conoce que es usted una mujercilla de tres al cuarto!
SERG. Yo le diré á usted... (Inocencio le indica por señas que se calle.)

PIA. Calle usted... sin vergüenza! Emplear un disfraz como el que lleva! Se creyó usted que yo no lo habia de conocer...! Ya se puede usted quitar esos pantalones! Póngase usted las faldas, y luego nos entenderemos.

INOC. Mujer...

PIA. Silencio!

INOC. Pudieras equivocarte...

PIA. Equivocarme yo! Equivocar yo á un hombre con una mujer! Pues eso me faltaba á la postre de mis años. Y no lleva usted mal el traje de hombre! Se conoce que no es la primera vez que se lo pone para sus aventuras criminales!

SERG. Hum!

PIA. Bien se vé que es usted una perdida de marca mayor! Hasta la voz la tiene usted de borracha!

SERG. Ea! yo no puedo más! Señora, yo soy más hombre que nuestro padre Adan!

INOC. (La soltó,)

PIA. Conque es usted hombre! A mí con esas! Si conoceré yo á los hombres!... Esa voz, es fingida! Este bigotito es postizo! (Le tira de él.)

SERG. Señora! (Echándose mano al bigote.)

PIA. Pero habla tú infame! Ten al ménos el valor del criminal! Contesta! Dí! Es mujer, ó no es mujer?

INOC. Yo no lo sé, pero creo...

PIA. Pues no dice el infiel que no lo sabe! Tome usted sus enaguas! Póngaselas usted enseguida! Pero á todo esto, dónde está mi sobrino? Dónde está el cadete?

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS y SARA.

SARA. Aquí estoy, mamá!

PIA. Eh! Qué! Tú en ese traje, y me llamas mamá

SARA. Perdon.

PIA. Esto es un engaño: esto es una infamia; una burla!

SARA. (Acuérdese usted de los besos del cadete.) (Rápido y aparte.)

PIA. (Calla!)

INOC. Esta es hija mia; de mi primer matrimonio. Perdona si no tuve valor para confesártelo.

PIA. Hija tuya! Conque tienes una hija sin yo saberlo! Oh, iniquidad!

INOC. Sí señora; tengo una hija de legítimo matrimonio, pero usted ilegítimamente se deja besar por un cadete.

SERG. Sergio Mendoza, el cadete, el verdadero sobrino, soy yo. Tio; me concede usted la mano de su hija?

PIA. Luego es decir...

SARA. Que es mi novio.

PIA. Y tú, qué dices?

INOC. Qué he de decir si se aman y hace cuatro años que viven juntos en casa de mi hermana en Toledo? Que se casen, y que Dios los haga muy felices.

PIA. Pero casarse con un cadete!

INOC. Y eso qué importa? Con el tiempo será general, como yo lo hubiera sido... si no me hubiera quedado de capitan.

PIA. Consiento en ello, porque es una chica muy simpática.

SARA. Señora... (Besándola.)

PIA. (Esta criatura hará de mi lo que quiera con sus besos.) Ves, cómo yo tenia razon? Ves cómo habia gato encerrado?

INOC. Te equivocas: era gata. (Por Sara.)

SARA. Y gato. (Señalando á Sergio.)

MUSICA.

SARA.

Pues de gato se trata,
sólo te ruego,
que al gato no le hagas
un gatuperio.
No seas malo,
ten compasion del pobre
gato encerrado.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de la Sra. Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones sin cuyo requisito no serán servidos.